

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo¹

1 El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué
2 mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída
3 de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas². Tenía el ventero por
4 mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque
5 naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y, así,
6 acudió luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya doncella, muchacha
7 y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asi-
8 mismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote³, de nariz roma⁴, del
9 un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía
10 las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas,
11 que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera⁵.
12 Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala
13 cama a don Quijote en un camaranchón⁶ que en otros tiempos daba manifiestos
14 indicios que había servido de pajar muchos años⁷; en la cual^{ll} también alojaba un
15 arriero⁸, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote,
16 y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos⁹, hacía mucha ventaja
17 a la de don Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy
18 iguales bancos y un colchón que en lo sutil parecía colcha¹⁰, lleno de bodoques¹¹,
19 que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza
20 semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga¹², y una frazada
21 cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta¹³.

- 22 En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le
23 emplastaron de arriba abajo¹⁴, alumbrándoles Maritornes¹⁵, que así se llamaba la
24 asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a don
25 Quijote¹⁶, dijo que aquello más parecían golpes que caída.
- 26 —No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y trope-
27 zones, y que cada uno había hecho su cardenal.
- 28 Y también le dijo:
- 29 —Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas¹⁷, que
30 no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los
31 lomos.
- 32 —Desa manera —respondió la ventera—, también debistes vos de caer.
- 33 —No caí —dijo Sancho Panza—, sino que, del sobresalto que tomé de ver caer a
34 mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado
35 mil palos.
- 36 —Bien podrá¹⁸ ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas
37 veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo,
38 y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si
39 verdaderamente hubiera caído¹⁸.
- 40 —Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—, que yo, sin soñar nada,
41 sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos
42 cardenales que mi señor don Quijote.
- 43 —¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.
- 44 —Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—, y es caballero
45 aventurero¹⁹, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han
46 visto en el mundo.
- 47 —¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.
- 48 —¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? —respondió Sancho
49 Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en
50 dos palabras se ve apaleado y emperador²⁰: hoy está la más desdichada criatura
51 del mundo y la más menesterosa, y mañana tendría¹⁹ dos o tres coronas de reinos
52 que dar a su escudero.

Don Quijote de la Mancha
Miguel de servantes

53 —Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor —dijo la ventera—, no tenéis, a
54 lo que parece, siquiera algún condado?

55 —Aún es temprano —respondió Sancho—, porque no ha sino un mes que anda-
56 mos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que
57 lo sea²¹; y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi
58 señor don Quijote sana desta herida... o caída y yo no quedo contrechado della²², no
59 trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

60 Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en
61 el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

62 —Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en
63 este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que
64 suele decirse que la alabanza propia envilece²³; pero mi escudero os dirá quién
65 soy. Solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que
66 me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera a
67 los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y
68 los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes²⁴: que los desta
69 hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

70 Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las
71 razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego,
72 aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros;
73 y, como no usadas a semejante lenguaje²⁵, mirábanle y admirábanse, y parecían

74 otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus
75 ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos
76 lo había menester que su amo.

77 Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y
78 ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y
79 durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le manda-
80 se. Y cuéntase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las
81 cumpliera²⁶, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía
82 muy de hidalga²⁷, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la
83 venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel
84 estado.

85 El duro, estrecho, apocado y fermentado lecho de don Quijote²⁸ estaba primero en
86 mitad de aquel estrellado establo²⁹, y luego junto a él hizo el suyo Sancho, que
87 solo contenía una estera de enea y una manta³⁰, que antes mostraba ser de anejo
88 tundido que de lana³¹. Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como
89 se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que
90 traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno^{VI} de los ricos
91 arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace
92 particular mención porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo
93 pariente suyo³². Fuera de que Cide Mahamate^{VII} Benengeli fue historiador muy
94 curioso y muy puntual en todas las cosas³³, y échase bien de ver, pues las que
95 quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras³⁴, no las quiso pasar en silen-
96 cio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las

- 102 Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo
103 pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes³⁹.
104 Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consen-
105 tía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos
106 abiertos como liebre⁴⁰. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra
107 luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía⁴¹.
- 108 Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de
109 los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le
110 trujo a la imaginación una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse
111 pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se
112 ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija
113 del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había
114 enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto de sus padres⁴², vendría a
115 yacer con él una buena pieza⁴³; y teniendo toda esta quimera que él se había
- 116 fabricado por firme y valedera, se comenzó a acuitar⁴⁴ y a pensar en el peligroso
117 trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no come-
118 ter alevosía a su señora Dulcinea del Toboso⁴⁵, aunque la misma reina Ginebra con
119 su dama Quintañoña se le pusiesen delante⁴⁶.
- 120 Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue
121 menguada⁴⁷) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los
122 cabellos en una albanega de fustán⁴⁸, con tácitos y atentados pasos⁴⁹, entró^{IX} en el
123 aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puer-
124 ta, cuando don Quijote la sintió⁵⁰ y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas
125 y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella.
126 La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a
127 su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una
128 muñeca y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre
129 la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser
130 de finísimo y delgado cendal⁵¹.
- 131 Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio⁵², pero a él le dieron vislumbres de
132 preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él
133 los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol
134 escurecía⁵³; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y

135 trasnochada⁵⁴, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y,
136 finalmente, él la pintó en su imaginación, de la misma traza y modo, lo que^x había
137 leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el malferido caballero venci-
138 da^{xi} de sus amores⁵⁵, con todos los adornos que aquí van puestos⁵⁶. Y era tanta la
139 ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras cosas que traía en sí
140 la buena doncella no le desengañaban⁵⁷, las cuales pudieran hacer vomitar a otro
141 que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la
142 hermosura⁵⁸. Y, teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

143 —Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña
144 merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho;
145 pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme
146 en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad
147 quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible⁵⁹. Y más, que se añade a esta
148 imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par
149 Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si
150 esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar
151 en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

152 Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote,
153 y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba sin hablar

154 palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos
155 deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió⁶⁰, estuvo atenta-
156 mente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le
157 hubiese faltado la^{xii} palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote
158 y estúvose quedo^{xiii} hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía
159 entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote traba-
160 jaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó
161 tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le
162 bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las
163 costillas y con los pies más que de trote se las paseó todas de cabo a cabo.

164 El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir
165 la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el
166 ventero y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, ha-
167 biéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó y, encen-
168 diendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza⁶¹. La moza, viendo
169 que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se
170 acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorrucoó y se hizo
171 un ovillo. El ventero entró diciendo:

172 —¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas⁶².

173 En esto despertó Sancho y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que
174 tenía la pesadilla⁶³ y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, al-
175 canzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar
176 la honestidad⁶⁴ dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el
177 sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose
178 como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida
179 y graciosa escaramuza del mundo.

180 Viendo, pues, el arriero, a la lumbrera del candil del ventero, cuál andaba su dama,
181 dejando a don Quijote, acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el
182 ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo
183 sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía⁶⁵. Y así como suele
184 decirse «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo»⁶⁶, daba el arriero a
185 Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudea-
186 ban con tanta priesa, que no se daban^{xiv} punto de reposo⁶⁷; y fue lo bueno que al
187 ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras⁶⁸, dábanse tan sin com-
188 pasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

189 Alojaba acaso aquella noche en la venta⁶⁹ un cuadrillero de los que llaman de
190 la Santa Hermandad Vieja de Toledo⁷⁰, el cual, oyendo ansimesmo el estraño
191 estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos⁷¹,
192 y entró ascuras en el aposento, diciendo:

193 —¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

194 Y el primero con quien topó^{xv} fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en
195 su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole a tienta
196 mano a las barbas, no cesaba de decir:

197 —¡Favor a la justicia!

198 Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dio a entender que
199 estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta
200 sospecha, reforzó la voz, diciendo:

201 —¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a
202 un hombre!

203 Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le
204 tomó la voz⁷². Retiróse el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la
205 moza a su rancho⁷³; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron
206 mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y
207 salió a buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no la halló, porque
208 el ventero, de industria⁷⁴, había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia,
209 y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió
210 el cuadrillero otro candil.

Notas al final

- (1) Vuelve a aparecer la venta (I, 2, 48, n. 37) como lugar de encuentro de los personajes. Una vez más, DQ la confunde con un castillo.
- (2) brumadas: 'magulladas'. Parece claro que Sancho está aquí mintiendo con el propósito de defender la reputación de su amo.
- (3) Casi sinónimo de asturiano o corito; la falta de cogote en ellos era un lugar común en el Siglo de Oro.
- (4) 'chata'; la nariz achatada era signo, en la mujer, de naturaleza lujuriosa.
- (5) Era uso de las doncellas recatadas mirar al suelo cuando hablaban con algún hombre.
- (6) 'cobertizo o edificación hecha de tablones y más o menos cercana a la casa'.
- (7) 'hacia tiempo se había empleado, durante muchos años, para pajar. Ahora, como ya no sirve para guardar la paja, se utiliza para alojar a los huéspedes'; véase camaranchón 'desván' en II, 7, 678, n. 5.
- (8) en la cual se refiere, en una concordancia ad sensum, a cámara.
- (9) enjalmas: 'especie de manta o almohadilla rellena de borra que se coloca sobre los lomos de un animal de carga antes de ponerle la silla o los bastes'; machos: 'mulos'.
- (10) 'cobertura de cama'; las colchas, normalmente, estaban guateadas con algodón. Eran parecidas a los edredones actuales.
- (11) 'bolas de barro cocido, muy duras, que se disparaban con la ballesta'.
- (12) Para hacer las adargas se empleaba el cuero más duro, semejante al que se usa para suelas de zapatos.

(13) frazada: 'manta de lana, de pelo largo'; por lo común no se enfurtía ni se apretaba demasiado la trama.

(14) le emplastaron: 'lo ungieron con una pomada curativa'.

(15) El nombre de la criada se ha convertido en sustantivo común.

(16) al bizmalle: 'al aplicarle el emplasto'.

(17) 'hilos del lino que quedan en el rastro cuando se carda'; las bizmas o apósitos se preparaban empapando hilas de estopa en el líquido medicinal.

(18) Los elementos de este sueño han sido interpretados, separadamente, por Freud; su posible significación erótica o simbólica es hoy comúnmente conocida. La caída voluntaria de la torre fue utilizada muy sabiamente en La Celestina (II, 5, 668, n. 55).

(19) 'el que atacaba en un juego de armas, frente al mantenedor o cortesano' (I, 7, 87, n. 2).

(20) en dos palabras: 'en un santiamén, en un instante'.

(21) Juego paronomásico: buscando aventuras implica buscando venturas, para hallar desventuras (I, 52, 583, n. 5 Véase la nota crítica II ubicada en el capítulo 52). Nótese que Sancho miente al decir que hace un mes, pues no han pasado más de tres días que salieron de su aldea; DQ, por su parte, oye y calla.

(22) contrecho: 'tullido, baldado', a consecuencia de la supuesta caída.

(23) Traducción del adagio latino «Laus in ore proprio vilescit» (II, 16, 753).

(24) 'que musito para mí'.

(25) no usadas: 'no acostumbradas'.

(26) buena moza es expresión irónica, dada la figura de la asturiana, pero significaba también 'prostituta'; dar palabra: 'prometer'. C. juega socarronamente con el plural y con el término semejantes: 'tales' y 'de esa clase'.

(27) Los asturianos alardeaban de descender de los godos, sin ninguna mezcla de razas. Asturias era, junto con la Montaña, Vizcaya y Galicia, tierra solar de la hidalguía española.

(28) apocado y fementido: 'pequeño, cobarde y desleal', porque promete descanso y no lo da.

(29) estaba primero: 'era el que estaba en primer lugar, el primero que se encontraba al entrar'; por estrellado establo hay que entender que a través del techo del camaranchón se podían contemplar las estrellas.

(30) enea: 'planta parecida al junco con la que, una vez seca, se trenzaban esteras, alfombrillas'; estas esteras se enrollan y se usan, aún hoy, en excursiones, como base de cama cuando se viaja por sitios donde no se espera encontrar alojamiento.

(31) anjeo: 'lienzo basto, de estopa de lino o cáñamo, que se usaba para la fabricación de hábitos de penitencia o de talegas'; sobre basto, era tundido 'cortado el pelo que sobresalía' para eliminar cualquier sensación de suavidad.

(32) Los arrieros eran, según se decía, casi todos moriscos. No se sabe a qué alude C. cuando lo caracteriza como uno de los ricos de Arévalo, pueblo cercano a Ávila.

(33) Cide Mahamate Benengeli: se le cambia aquí el nombre al historiador, que en otras ocasiones se llama Hamete.

(34) 'bajas, viles'.

(35) 'no nos entran en la boca y, por tanto, no nos dejan disfrutar de los hechos'.

- (36) Se trata de La crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo de Donasón..., sacada de las crónicas y grandes hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda; en esta novela se cuenta cómo el soberbio y deslenguado caballero Tablante manda azotar dos veces al día al conde don Milián, al que había derrotado, cuando este último convalecía de una enfermedad: esta circunstancia es la que pudo recordárselo a C. en este momento.
- (37) Personaje secundario de la Historia de Enrique, fi de Oliva; Tomillas es el calumniador que deshonra con sus palabras a la madre de Enrique.
- (38) Hay otras muestras de la actitud irónica de C. acerca del uso exagerado de los detalles.
- (39) se dio a esperar: 'se puso a esperar con impaciencia'; puntualísima tanto en el sentido temporal como en el de 'buena cumplidora de su deber'.
- (40) Es creencia popular que las liebres nunca cierran los ojos, ni siquiera para dormir.
- (41) En esta luz se ha supuesto una reminiscencia de San Juan de la Cruz.
- (42) 'escondiéndose de sus padres, sin su permiso'; es término legal.
- (43) 'acostarse con él durante largo tiempo'; buena pieza es también 'persona pícaro'.
- (44) 'acostarse con él durante largo tiempo'; buena pieza es también 'persona pícaro'.
- (45) propuso en su corazón: 'decidió', 'tuvo la intención', 'puso en su ánimo' (I, 32, 374); alevosía: 'traición contra el señor, deslealtad'.
- (46) dama: 'persona de clase alta que acompañaba a otra de más categoría que ella'; dueña y dama no son conceptos reñidos (I, 13, 137, n. 16, y 21, 230).
- (47) hora aciaga, en la que podía suceder cualquier desgracia'.
- (48) albanega: 'cofia de mujer de forma redonda'; el fustán del que estaba hecha era la misma tela que hoy: la de algodón con la que se hace la ropa interior blanca.
- (49) 'pasos callados y prudentes'.
- (50) 'la oyó'; el uso del verbo sentir por 'oír' es todavía común en algunos países de América Latina.
- (51) arpillera: 'tejido basto de estopa de lino o cáñamo'; cendal: 'tela muy fina de seda'.
- (52) 'vidrio'; el doblete es muy frecuente en los siglos XVI y XVII.
- (53) La igualación del cabello de la mujer con hebras de oro de Arabia o de Tíbar –el más puro–, que oscurece al sol, es tópica en la lírica renacentista.
- (54) 'ensalada ya rancia y revenida'; la cebolla era un componente esencial de cualquier ensalada.
- (55) Entiéndase: 'en su imaginación la pintó lo que había leído en sus libros, de la misma traza...'
- (56) La frase es típica de los escritos legales. La situación de la dama que visita al caballero herido es frecuente en los libros de caballerías.
- (57) El equívoco es triple: doncella significa tanto 'joven soltera' –es decir, la hija del ventero– como 'criada de una casa', en este caso, Maritornes; además buena doncella se empleaba, a mala parte, para designar a una prostituta. En I, 43 podrá suponerse que la hija del ventero tampoco es doncella (véase allí 505, n. 30).
- (58) La imaginación de DQ es tan potente que se impone a la realidad sensorial.
- (59) La situación de rechazo a la dama que se ofrece no es rara en los libros de caballerías.
- (60) coima: 'prostituta'.
- (61) 'oído la refriega'.
- (62) 'que esto es cosa tuya', 'que tú tienes la culpa'.

- (63) Se consideraba que los malos sueños se producían por una alteración de la bilis o humor melancólico, que producía opresión en pecho y estómago. La creencia popular personificada a la pesadilla en una vieja que oprime el cuerpo del que la sufre.
- (64) 'despreciando el decoro'; ahora Maritornes, que presume de hidalga, pone en juego la «honra», que puede empezar a rodar en boca de todos.
- (65) 'música'; aquí, por antífrasis, 'trifulca'.
- (66) rato: 'ratón'; se alude a un cuento, de tradición popular, muy divulgado y construido mediante concatenación de elementos.
- (67) El Índice inquisitorial portugués de 1624 mandó expurgar el núcleo del presente capítulo, desde Había el arriero (I, 16, 170) hasta punto de reposo.
- (68) 'a oscuras'.
- (69) Alojaba acaso: 'Casualmente se alojaba'.
- (70) La establecida en el siglo XIII en el antiguo Reino de Toledo, para distinguirla de la nueva Hermandad (I, 10, 113, n. 8).
- (71) Los jefes de pelotón de la Santa Hermandad (cuadrilleros) llevaban, como símbolo de su autoridad, media vara, un bastón corto de color verde; los documentos acreditativos de su condición los llevaban en un canuto de hoja de lata que se podía sujetar a la cintura.
- (72) 'en la actitud en que alcanzó a oír la voz'.
- (73) 'alojamiento, normalmente mal acondicionado o mal provisto'.
- (74) 'adrede, deliberadamente'.
- (I)167.18 él se imaginaba A (Tabla) él imaginaba A (texto) edd. [En el Q. predomina claramente (I, 1, 38; 2, 52; 17, 181, etc.) la construcción usada en la Tabla, y la pérdida del reflexivo en el grupo el se (con s alta) se explica fácilmente. Es probable que la errata se repita en algún lugar del texto (así en II, 51, 1052).
- (II) 168.8 en la cual edd. en el cual FL [Cf. n. 8.
- (III) 168.14 semejaban edd. [SB registra semejanza en A'; sólo lo hemos hallado en el facsímil de Toledano López, donde se trata de un retoque.
- (IV) 169.12 podrá edd. podría C
- (V) 169.29 tendría A SB tendrá edd. [Licencias mayores admite la sintaxis de C.
- (VI) 171.11-12 era uno edd. eran unos C
- (VII) 171.15 Mahamate edd. Hamete LO [Para la variante Mahamete, CT y VG.
- (VIII) 172.3 se cuenta A+ se cuentan B+
- (IX) 173.7 entró edd. sentró C
- (X) 173.23 lo que edd. de lo que LO que lo RAE SB FL [Cf. n. 55, y II, 32, 897: «la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso». La puntuación de A permite descartar la enmienda con certeza.
- (XI) 173.25 vencida A+ vencido B+
- (XII) 174.24 faltado la edd. faltado a la SB
- (XIII) 174.25 quedó C SB FL quedó A B BR
- (XIV) 174.25 quedó C SB FL quedó A B BR
- (XV) 176.10 topò edd. topò A' [Corrección en prensa, según FL